

PARADIGMA DE LEALTAD BOLIVARIANA*

Por MARIO BRICEÑO PEROZO

En la oportunidad en que nos tocó hacer el elogio de don Vicente Lecuna (11 de mayo de 1961), afirmamos que su lealtad a Bolívar tenía las raíces en sus ancestros, puesto que su abuelo Vicente Lecuna Párraga fue teniente invariable del Libertador, y que estos sentimientos, esta virtud, se transmiten de generación en generación, como un fluido magnético, a través del espíritu; esto mismo cabe decir en torno a la personalidad del Dr. Cristóbal L. Mendoza, bolivariano de la estirpe de Lecuna.

Mendoza es bisnieto de don José Cristóbal Hurtado de Mendoza, el triunviro de 1811, que contribuyó, con Bolívar, a dar forma a la patria. Su talento, su fortuna, su acción, la vida toda la consagró al bien de la humanidad como abogado, y esos mismos elementos los puso al servicio de la independencia para el nacimiento y estructuración de la República.

En el bufete, en el cargo público, en el parlamento, en la tribuna de la prensa, dentro o fuera de Venezuela, en todos los lugares propicios para la lucha por el ideal libertador, allí estuvo el trujillano ejemplar, con la pluma en alto como una espada. Entre 1811 y 1829, decir Mendoza era decir patria y era, igualmente, decir fidelidad bolivariana.

En el triunfo o en la adversidad, Mendoza pensó, siempre, en Bolívar. Nadie mejor que él lo comprendía, ni nadie mejor que él confiaba en sus fuerzas y en la luminosidad de su genio. Y bien que fue perfectamente correspondido por el Libertador. Para éste, Mendoza era un hombre extraordinario. Era el organizador de la República, el estadista, el justo juez, el consejero, el erudito en leyes, el político, el escritor. Un sabio que no muere nunca.

La llama de la devoción bolivariana en Mendoza ardió hasta el 8 de febrero de 1829, cuando el corazón del patriota dejó de latir; pero las luces que esa llama transmitió no se han extinguido, vivas están en los vástagos.

El Dr. Cristóbal L. Mendoza ha sido fiel a la memoria de su bisabuelo manteniendo el fuego sagrado de su admiración por el Libertador. De esto hablan—in extenso— pensamiento y acción, vida y obra.

Académico cabal. El campo de su actuación bolivariana ha sido la Academia Nacional de la Historia. También la Sociedad Bolivariana de Venezuela, pero la

vinculación con aquella ha estado trenzada por la entrega total. Fue elegido para ocupar el Sillón "Q", el 17 de septiembre de 1927; se recibió el 11 de febrero de 1928. Su trabajo de incorporación tenía, naturalmente, que versar sobre el Libertador. Se intitula: *Bolívar en la Organización Política del Continente y Causas de la Convocatoria del Congreso de Panamá*. Le respondió otro insigne bolivariano, Monseñor Nicolás E. Navarro.

Desempeña la Secretaría de la Academia entre 1933 y 1937, dos períodos; es Primer Vicedirector, de 1953 a 1957, dos períodos; y, ejerce la Dirección, entre 1939 y 1943, dos períodos y desde 1957 hasta 1973, ocho períodos. En la historia de nuestra Corporación, ningún numerario ha llegado a permanecer en la directiva tanto tiempo. Y conste que en 1973 fue su voluntad que no se le reeligiese para un nuevo período. De haber aceptado, seguro que estaría en la Dirección.

Por su antigüedad, es el Decano de la Academia, la avanzada edad (91 años), no es óbice para que sea uno de los más puntuales en la asistencia. Solamente en España se dan estos casos, en las Reales Academias de la Lengua y de la Historia. Ramón Menéndez Pidal y Vicente García de Diego están entre los ejemplos.

La obra académica de Mendoza, desde su discurso de incorporación hasta sus últimos artículos en el Boletín de la ANH, está impregnada de Bolívar; y asimismo su labor en la Sociedad Bolivariana de Venezuela y más concretamente en la Presidencia de la Comisión de Escritos del Libertador. Fruto de esas edificantes tareas —signadas entrambas por el amor a la patria y la indeclinable devoción bolivariana— son sus libros: *Temas de Historia Americana* (2 vols. Caracas, 1963 y 1965) y *Prólogos a los Escritos del Libertador* (Caracas, 1977).

El inolvidable Humberto Tejera (1892-1971), un Quijote acunado en dos patrias —Venezuela y México— al comentar el primero de los libros de Mendoza, consignó para la Historia: *El Dr. Mendoza no agota su capacidad, permanece y mantiene como lo exalta en el presente libro, su actitud de guarda del santo sepulcro del Libertador, alerta en todo momento contra los siempre renovados embates de los que torvos y protervos se acercan a la pirámide bolivariana dispuestos a probar colmillos creyendo derrumbar andes* (Boletín del Archivo General de la Nación. Caracas, 1966. N° 211, p. 358).

El de Tejera es el más certero de los elogios hechos a la obra de Mendoza. Allí se retrata al bolivariano de excepción. El que monta guardia al pie de la memoria del héroe, no sólo para divulgar su ideario, sino también y en gran manera para defenderlo de los denostadores de ayer y de hoy. Esta fue la actitud de otros dos grandes bolivarianos: Rufino Blanco-Fombona (1874-1944) y Vicente Lecuna (1870-1954). A ellos, también, como centinelas insomnes de la gloria del Libertador, pudo aplicarse el concepto con que Tejera distingue a Mendoza.

Los *Prólogos a los Escritos del Libertador* completan la obra primera, son un manojo de ensayos que unidos a los *Temas de Historia Americana*, constituyen algo así como un breviario de la devoción bolivariana del Dr. Mendoza.

El prefacio —concretamente en lo que respecta a Bolívar— es una especialidad del historiador Mendoza, oficio en el que destaca por su erudición y maestría en el enfoque y desarrollo de la materia.

Recordamos que el filólogo hispano Alberto Porqueras Mayo demostró, en un sesudo trabajo de investigación, la enorme importancia que entraña la función introductiva y llegó a la conclusión de que el prólogo es un género literario, lo fue en el Siglo de Oro español (*El Prólogo como género literario*. C.S.I.C. Madrid, 1957).

En el cuadro de numerarios de la Academia Nacional de la Historia, vibra y brilla un trío maravilloso de paradigmas de la lealtad bolivariana, ese trío lo integran: Rufino Blanco-Fombona, Vicente Lecuna y Cristóbal L. Mendoza.

* Este trabajo fue leído por su autor en la junta ordinaria del jueves 9-II-78, próximo a cumplirse cincuenta años de la recepción del Dr. Cristóbal L. Mendoza como Individuo de Número de la A.N.H.